

PREMISAS Y CONSIDERACIONES DE UN MODELO DE INTERVENCIÓN MULTIGENERACIONAL ANTE SITUACIONES DE VIOLENCIA VIVIDAS POR NIÑOS Y NIÑAS EN SUS SISTEMAS FAMILIARES

63

PREMISES AND CONSIDERATIONS OF A MULTIGENERATIONAL INTERVENTION MODEL IN RESPONSE TO SITUATIONS OF VIOLENCE EXPERIENCED BY CHILDREN IN THEIR FAMILY SYSTEMS

Cómo citar este artículo: Cruzat O., Alicia, Astorga A., Alejandro (2025). Premisas y consideraciones de un modelo de intervención multigeneracional ante situaciones de violencia vividas por niños y niñas en sus sistemas familiares. a. *Rev. De Familias y Terapias*, Año 34, N°58, noviembre 2025. Páginas 35 - 51. <https://doi.org/10.29260/DFYT.2025.58B>

ALICIA CRUZAT OLAVARRIETA¹ Y ALEJANDRO ASTORGA ARANCIBIA²

RESUMEN

En este artículo, se presentan las principales premisas y consideraciones de un modelo de intervención multigeneracional aplicado a situaciones de violencia, negligencia y abuso sexual que han vivido, niñas, niños y adolescentes al interior de sus sistemas familiares. Estos elementos derivados de nuestra experiencia profesional de más de 25 años en el área, constituyen de una manera integrada un modelo de trabajo psicosocial y psicoterapéutico alternativo a los tradicionales modelos individuales o incluso a aquellos modelos sistémicos relacionales que no consideran la dimensión evolutiva e histórica de las familias.

Palabras clave: terapia multigeneracional - violencia intrafamiliar - abuso infantil – negligencia - terapia familiar

¹ **Alicia Cruzat Olavarrieta.** Psicóloga, Universidad de Chile. Terapeuta familiar. Master en Terapia Familiar, Accademia di Psicoterapia della Famiglia (Roma, Italia). Magíster en Salud Mental Infantil (UDD, Chile). Diplomada en Neurociencia Social (UDP, Chile). Directora del Centro de Intervención Multigeneracional (CIM) y Directora académica del Diplomado en Terapia Familiar Multigeneracional. E-mail: alicia@multigeneracional.cl

² **Alejandro Astorga Arancibia.** Psicólogo, Universidad de Chile. Terapeuta familiar. Master en Terapia Familiar, Accademia di Psicoterapia della Famiglia (Roma, Italia). Terapeuta multigeneracional acreditado por la Accademia di Psicoterapia della Famiglia, Roma (Italia). Miembro colaborador del Departamento Psicosocial del Instituto Chileno de Terapia Familiar (ICHTF). E-mail: alejandro@multigeneracional.cl

ABSTRACT

The following are the main premises and considerations of a multigenerational intervention model applied to situations of violence, neglect, and sexual abuse experienced by children and adolescents within their family systems. These elements derived from our professional experience of more than 25 years in the area, in an integrated manner, constitute an alternative model of psychosocial and psychotherapeutic work to the traditional individual models or even to those systemic-relational models that do not consider the evolutionary and historical dimension of families

Keywords: multigenerational therapy - domestic violence - child abuse - neglect - family therapy

1. PREMISAS DE UN MODELO MULTIGENERACIONAL APLICADO A LA INTERVENCIÓN EN VIOLENCIA INTRAFAMILIAR

La intervención terapéutica y psicosocial ante situaciones de violencia, negligencia y abuso sexual que han vivido niños, niñas y adolescentes al interior de sus familias constituye una de las áreas más desafiantes y complejas para los profesionales del área de la salud mental. Si bien los modelos terapéuticos tradicionales —centrados en la intervención individual o en la dinámica relacional— han aportado valiosas herramientas para el trabajo clínico, a menudo resultan insuficientes para abordar e interrumpir la historia multigeneracional del maltrato.

A continuación, se expondrán las principales premisas y consideraciones de un modelo multigeneracional de trabajo psicosocial y psicoterapéutico, demostrando cómo la comprensión de la dimensión histórica de la familia es crucial para una intervención eficaz y reparadora.

a) La familia como unidad emocional multigeneracional

El abordaje de dinámicas de violencia al interior de la familia exige al interventor y a quienes se involucran con estas temáticas, asumir una visión que considere a la familia como

unidad emocional (Smith, 2023a). Si bien los modelos llamados sistémicos o relacionales ponen el foco en la familia como “sistema” —es decir hacen propias las distinciones que Bertalanffy (1976) acuñó para dar cuenta de los principios que rigen las dinámicas biológicas de un organismo, o que Von Foerster (2006) desarrolló para la comprensión de las dinámicas del mundo cibernetico— son escasos los enfoques que problematizan los fundamentos explicativos de tales procesos. Más allá de la postura descriptiva de que sus movimientos son consistentes con la definición de un *“conjunto constituido por una o más unidades vinculadas entre sí de modo que el cambio de estado de una unidad va seguido por un cambio en las otras unidades; éste va seguido de nuevo por un cambio de estado en la unidad primitivamente modificada, y así sucesivamente”* (Parsons y Bales, 1955, en Andolfi, 1984) y las propiedades derivadas de ello: fuerzas de homeostasis, fuerzas morfogenéticas, límites, jerarquías, equipotencialidad, equifinalidad, etc.; desde una perspectiva multigeneracional se considera a la familia humana como un sistema vivo regido por las mismas tendencias que otros sistemas naturales.

La consideración de la familia como un sistema natural es el gran legado de Teoría de Bowen, también llamada Teoría de Sistemas Naturales (Bowen y Kerr, 1988; Kerr, 2019). Esta consideración abre un marco explicativo mayúsculo para la comprensión de procesos de violencia al interior de las familias.

Situar el contexto evolutivo como marco comprensivo del funcionamiento humano, y comprender que las fuerzas que lo impulsan son las mismas que mueven el proceso de lo vivo, permite observar a la familia humana como un sistema relacional en gran parte movilizado por tendencias automáticas o semiautomáticas ancladas en su historia filogenética en gran escala, y por tendencias multigeneracionales a una escala más acotada que configuran su despliegue emocional (Bowen y Kerr, 1988; Bowen, 1989; Kerr, 2019).

Entender a la familia humana como una unidad emocional, nos invita a mirar cómo esta unidad posee un “motor” natural que da forma a las relaciones y que la *mueve* a estar en un permanente interjuego adaptativo entre la *togtherness*, juntidad o aunamiento, por la que los miembros de la familia están compelidos a permanecer al grupo, necesitándose, dependiendo de que el otro haga o no haga tales cosas para estar bien, haciendo responsable a los otros del propio bienestar; y la individualidad o autonomía emocional, por la que sus miembros están movidos por sus propias metas o intereses sin depender de lo que haga o no el otro para seguir orientado en la vida, centrado en su propio crecimiento y manteniéndose en conexión significativa con otros, atendiendo al nivel de ansiedad del entorno (McCullough, 2006). Es decir, cuán exigente sea el contexto externo o interno para esa unidad, más o menos activará niveles de ansiedad que movilizarán en ella estas fuerzas semiautomáticas expresadas en movimientos

predecibles entre sus miembros orientados a la adaptación, aunque ello implique la emergencia de deterioro del funcionamiento de alguno de sus miembros (Rodríguez y Martínez, 2015).

Entender la familia humana como una unidad emocional, permite observar cómo su devenir está fundamentalmente determinado por procesos que activa para poder adaptarse a los cambios internos o externos que exigen su acomodación y ajuste. Por ejemplo, como señala McCullough (2006) las dinámicas de agresión entre los miembros de la familia suelen aparecer cuando ésta se ve enfrentada a desafíos contextuales externos o internos (pérdida del trabajo, diagnóstico de enfermedades graves, muerte de un miembro de la familia extensa, inicio de la adolescencia en uno de los hijos, etc.) y las consecuencias o amenazas de esos cambios en la estabilidad de las dinámicas relacionales en su interior, tales como el distanciamiento de un hijo, pérdida de la relación con un parent, mayor exigencia emocional de la pareja ante el nacimiento de una hija, etc.

La escala multigeneracional nos invita a reconocer cómo los desafíos que enfrenta la familia nuclear suelen estar en conexión y resonancia (Elkaïm, 2000) con aquellas historias que cada adulto trae de su propia familia de origen y que parecieran, la mayor parte de las veces –y muy a su pesar–, reproducirse en las dinámicas emocionales y relacionales actuales. Este legado de dinámicas pretéritas que se manifiestan en dinámicas actuales es visible en todo orden de cosas, en procesos individuales, familiares o de pareja (Framo, 1996).

La escala multigeneracional, por tanto, nos permite reconocer cómo las dinámicas de agresión, abuso o negligencia de adultos frente a sus hijos, responden a procesos emocionales más amplios presentes en los campos emocionales de sus familias extensas. Si bien es

claro que dichas resonancias o conexiones no “causan” las dinámicas de agresión actuales, si nos otorgan un marco contextual comprensivo de gran valor para generar espacios de determinación hacia el cambio terapéutico (Smith, 2023a).

b) El síntoma como expresión del proceso emocional familiar

Una de las principales consecuencias de la comprensión de la familia como unidad emocional multigeneracional, es la constatación de parte del interventor psicosocial (abogados, psicólogos, trabajadores sociales, educadores, etc.) de que la familia que tiene al frente, y su funcionamiento no es tan distinto de su propia familia e historia (Titelman, 1987). En nuestra experiencia como formadores y supervisores de colegas, cada año nos seguimos sorprendiendo en cómo, luego de que los estudiantes entienden a la familia humana como un organismo natural movido por nuestro diseño histórico-evolutivo, instalan un profundo y real sentido de humildad y de respeto por los consultantes o usuarios de los programas para los que trabajan. Logran observar cómo el proceso relacional humano es universal, que en su propia familia no hay nada tan distinto que lo que está presente en las familias con las que trabajan, y que las posibles diferencias entre las familias son solo de carácter cuantitativo y no cualitativo (Bowen y Kerr, 1988; Bowen, 1989; Kerr, 2019). Esta mirada desde la continuidad de los procesos es una muy interesante derivada de las premisas darwinistas tan revolucionarias en su tiempo y que pusieron al ser humano en su real posición al interior del planeta, en tanto un animal más (Darwin, 1995). La invitación multigeneracional nos sitúa como interventores en nuestra posición real dentro

de los contextos de vulnerabilidad psicosocial: las mismas tendencias semiautomáticas que operan en las familias con las que trabajamos también están presentes en nuestras propias unidades emocionales. Por lo anterior, pasa a ser muy relevante el trabajo con la propia persona del profesional para intentar obtener la lucidez necesaria que le permita acompañar a la familia en su propio esfuerzo por alcanzarla.

Así como algunos sistemas emocionales familiares activan con frecuencia en unos de sus miembros sintomatología emocional, social o somática, otras activan con más frecuencia dinámicas relacionales donde niños, niñas y adolescentes experimentan abuso, maltrato o negligencia (Smith, 2023a; 2023b; 2024). La premisa de continuidad, previamente descrita, nos obliga a reconocer, por tanto, que la violencia hacia los niños es una de las respuestas que posee la familia humana para intentar lidiar con la ansiedad y sus desafíos adaptativos, y reconocer que está presente en mayor o menor medida en toda unidad familiar. La agresión y la violencia constituyen expresiones del sistema emocional familiar multigeneracional. De allí la importancia de comprender a la familia humana como un sistema natural y emocional en el que patrones de conducta, originados en experiencias multigeneracionales, se manifiestan y actualizan en los contextos actuales.

Así como debemos reconocer con humildad que la violencia es parte de nuestro diseño neurobiológico, y que se activa frente a una serie de condicionantes contextuales internos y externos (Sapolsky, 2018), debemos asumir también que, lamentablemente, una de las maneras en que las familias estabilizan su funcionamiento es a partir de la agresión y la violencia dirigida a niños y niñas (Smith, 2023a, 2023b, 2024).

Con frecuencia en el mundo profesional y académico la agresión, el abuso y la violencia son sindicadas como un “fenómeno” (se habla del fenómeno de la violencia). Si bien la definición de fenómeno en el diccionario de Oxford significa simplemente: “cosa inmaterial, hecho o suceso que se manifiesta y puede percibirse a través de los sentidos o del intelecto” (Oxford Languages, 2023), sus acepciones de “anómalo, raro, sorpresivo”, entre otros, asignan un cariz que posiciona a la violencia como una excepción, algo extraño, poco comprensible, una manifestación patológica e inusual en el devenir relacional humano que nos “sorprende” y que requiere ser abordado, condenado y extirpado. Desde la mirada multigeneracional, la violencia, el abuso y el maltrato hacia niños y niñas es considerado un proceso emocional y no un fenómeno. Ello implica:

- a) Considerarla como parte de las respuestas posibles en los sistemas familiares enfrentados a exigencias contextuales internas o externas que sobrepasan sus recursos adaptativos.
- b) Observarla como parte de las posibles respuestas humanas ante el proceso ansioso.
- c) Considerarla como una manifestación relacional, no solo individual.
- d) Observarla como un continuo que suele adoptar diversas manifestaciones al interior de la familia, y que incluso a menudo coexisten: agresión hacia los hijos, violencia de género en la pareja, violencia entre hermanos, agresión hacia los adultos mayores o miembros con alguna discapacidad, etc.
- e) Observarla como una manifestación transgeneracional donde dinámicas relacionales pretéritas se re-presentan en las relaciones de la familia nuclear actual.

Estas distinciones instalan una serie de consecuencias en la intervención psicosocial que busca interrumpir las dinámicas de vulneración hacia niños y niñas. Una de ellas es la posibilidad de reconocer, en conjunto con la familia nuclear, que los desafíos que enfrenta son similares a los de las generaciones previas, abriendo la posibilidad de re-mirar la historia de cada padre o madre con su propia familia de origen, reconectando y redirigiendo el proceso que estaba siendo orientado a los hijos, a sus referentes o contextos originales: las relaciones que han tenido con sus propios padres o cuidadores principales –donde, cabe señalar, suelen estar implicados los abuelos o abuelas– (Andolfi, 2018).

La agresión y la violencia hacia los niños están en íntima conexión con el sistema emocional relacional en el que se manifiestan, ya sea porque permiten otorgar estabilidad a un proceso activado por desafíos que el sistema familiar debía enfrentar (no contando con otros recursos para hacerlo sin el maltrato); o ya sea porque su reacción al episodio de abuso o agresión (que pudo haber sido extra familiar) dificulta la adecuada resolución o superación de la experiencia, instalando nuevas dificultades y mayor stress.

c) El niño como protagonista del proceso de intervención con su familia

La afectación que niños y niñas desarrollan al estar expuestos a dinámicas de agresión o abuso por parte de sus cuidadores debe ser ponderada en detalle y caso a caso. Un mismo episodio de agresión puede generar consecuencias muy distintas según las particularidades del niño. Así mismo, la gravedad de su afectación no siempre es un correlato de la gravedad del episodio de abuso o agresión (Smith, 2023).

Uno de los grandes desafíos de los profesionales llamados a interrumpir y resignificar estas experiencias dolorosas son las propias resonancias con sus historias relacionales y la muy frecuente tentación de observar y tratar al niño o niña como una víctima a ser protegida de su propia familia y de su contexto adverso.

Si bien es claro que un niño o niña no es responsable de sus experiencias abusivas, como sí lo son diferencialmente sus padres, los adultos y el espacio social, cultural y político del cuál es parte, también es evidente que el verlo como un sujeto frágil, incompetente, sin recursos y a merced de lo que hagan otros en su proceso de crecimiento es un frecuente error que da cuenta de cómo el interventor y el propio sistema de protección dejan de respetarlo (Andolfi, 2022).

Relevar los aspectos socioculturales tras los procesos de violencia y maltrato de niñas y niños exige un pensamiento relacional. Crittenden (2002) señala que “cada uno de nosotros contribuye a crear y mantener condiciones sociales que aumentan la probabilidad de que algunos padres dañen a sus hijos...” (Crittenden, en Miró, 2002, p. 63). Con esto destaca que debe tenerse presente el contexto social mayor que contiene un proceso “adaptativo/ desadaptativo”, y que no sólo debemos centrarnos en observar lo que pasa entre cuidadores y niños. Además, invita a reflexionar cómo las conductas de maltrato pueden ser reflejo de un patrón familiar e interpersonal que puede estar unido a la función del “peligro”, es decir, una manifestación ligada a la función adaptativa de los padres de organizarse para proteger a los niños (Crittenden, 2002).

El principal espacio que una cría humana requiere para su desarrollo es su contexto familiar. El valor de los vínculos es una temática ampliamente investigada y aceptada por las ciencias psicológicas del desarrollo

(Gojman-de-Millán, Herreman y Sroufe, 2018). También está ampliamente fundado el hecho que el vínculo no se agota ni responde a lo que ocurre solamente entre dos personas (madre y niño, por ejemplo) sino que considera al menos un vértice adicional que pudiera estar dado por el padre, o la abuela materna por ejemplo (Fivaz-Despeursinge & Corboz-Warnery, 1999; Titelman, 2008). El triángulo relacional es la unidad mínima de observación y de abordaje en procesos de maltrato y violencia. Un cuidador que ejerce conductas agresivas hacia alguno de sus hijos está siempre en referencia con, al menos, un tercero. La relación por ejemplo con su propia madre o su propio padre se vuelve en el principal contexto que permite comprender los desafíos que debe enfrentar como cuidador de sus propios hijos.

En el trabajo psicosocial y terapéutico ante el abuso sexual y maltrato infantil es muy frecuente observar que dichos triángulos fundamentales sean multigeneracionales. El abuso o maltrato mantiene activos antiguos episodios o patrones de relación abusivos entre las generaciones previas con las más recientes. Si bien ello abre un mundo de experiencias dolorosas en dichos adultos, también abre la posibilidad de sanar no solo las relaciones actuales, sino también las pretéritas.

El trabajo de intervención en dinámicas de violencia dirigidos hacia niños exige, por tanto, un abordaje relacional y familiar. Lo que todo niño y niña necesita y merece es contar con un espacio relacional acogedor, disponible y que respete su valor como sujeto. Lo mismo requiere de nuestra aproximación terapéutica y psicosocial. La mayoría de los niños y niñas que ingresan por vía judicial al sistema de protección de la infancia parecen expresar una demanda común. Si se logra desarrollar una escucha atenta y sensible a su

voz es posible reconocer que, más allá de su situación individual, la solicitud subyacente puede sintetizarse en un clamor dirigido a los adultos y a las instituciones: “ayuden a mi familia”. Es frecuente observar cómo la mayor parte de los niños que están inmersos en dinámicas de agresión y violencia activan rápidamente su propósito de ayudar, conterner, proteger o distraer a los adultos de los grandes dolores que portan en su propia historia como hijos y en los desafíos que la vida de adultos los ha obligado a enfrentar. Más sorprendente aún es cómo con sus síntomas ayudan a la familia a consultar y por tanto abrir la posibilidad de recibir ayuda.

d) El síntoma como metáfora del proceso histórico y actual de la familia

La sintomatología emocional, física o social que muestran niños y niñas que han vivido experiencias de violencia, ya sea siendo quienes la reciben o quienes las observan en otras relaciones al interior de su familia, es diversa. Si bien reconocemos con rapidez aquellas descritas en los cuadros post-traumáticos de las clasificaciones diagnósticas consensuadas, es importante tener presente que la sobre adaptación y la complacencia (por ejemplo, la niña perfecta, destacada en su colegio y que “nunca da problemas”) puede ser una importante señal de que ese niño o niña experimenta procesos de agresión, violencia o abuso al interior de su familia.

Cada una de estas manifestaciones sintomáticas de ese niño o niña no solo da cuenta y refleja la experiencia de sufrimiento y afectación de ese cuerpo y subjetividad, también da cuenta del proceso emocional de toda su familia que está tras él o ella.

La invitación de Maurizio Andolfi de reconocer en el síntoma del niño una manifestación

a la vez real y metafórica del proceso relacional e histórico de la familia nos obliga a reconocer en él tanto las fragilidades y dolores, como sus fortalezas y recursos (Andolfi y Ackermans, 1990). No olvidemos que todo el tiempo tenemos frente a nuestros ojos a un organismo (familia) que está tratando de adaptarse a las condiciones y exigencias actuales y pretéritas de su contexto para sobrevivir.

El síntoma, por tanto, que muestra ese niño o niña no solo da cuenta de sus procesos individuales, sino también comunica los principales procesos emocionales históricos de su familia. La rebeldía de un niño frente a un parente comunica cuánta tensión hay en dicha relación (y la tensión misma del niño ante el desafío de relacionarse con su parente), pero también puede dar cuenta de cuánta tensión ha habido entre la relación de su parente con su propio parente, entre otros triángulos trigeracionales (Andolfi y Ackermans, 1990). Es así como el síntoma del niño no solo es una puerta de entrada a su mundo subjetivo y al mundo de la relación con su parente, sino también ofrece un acceso al proceso emocional multigeneracional del cuál ese niño es parte.

e) La participación protagónica de niños y niñas en los procesos de intervención

Tradicionalmente el modelo de intervención en el trabajo con niños y niñas que han sufrido experiencias de abuso infantil en Chile, considera la participación de tanto psicólogos como trabajadores sociales y abogados. Se configura por tanto la denominada intervención psico-socio-jurídica, donde los principales objetivos del trabajo son la interrupción de la vulneración considerando en ello medidas judiciales (como el alejamiento del agresor) y psicosociales (apoyo a los adultos protectores para la toma de medidas que interrumpan

las experiencias abusivas y vulneradoras); la elaboración o resignificación de la experiencia abusiva y el fortalecimiento de los recursos de la familia (Orientaciones Técnicas Programas de Protección especializada en maltrato y abuso sexual grave, Servicio Nacional de Protección Especializada a la Niñez y Adolescencia, 2023).

Sin embargo, habitualmente se observa que el trabajo psicoterapéutico llevado a cabo, una vez interrumpida la vulneración, se caracteriza por que el psicólogo o psicóloga trabaja con el niño de manera individual y el trabajador social lo hace con los padres (habitualmente la madre o la abuela a su cargo) para orientar o psicoeducar sus prácticas de crianza y sus decisiones en beneficio del interés superior del niño. Este modelo es muy frecuente no solo en el trabajo con violencia, sino que se extiende habitualmente a lo largo de toda la práctica terapéutica con niños y niñas. Al visitar una consulta de psicólogos o psiquiatras infantiles solemos ver en la sala de espera padres y adultos sentados esperando a que finalice la sesión “entre el niño y el profesional”. No es de extrañar que el adulto entregue al niño al terapeuta preguntando: ¿a qué hora terminará

la sesión para pasarlo a buscar? Claro está que estos profesionales de vez en cuando citan a los padres para contarles los estados de avance y recoger más elementos que pueden ser útiles en su trabajo terapéutico con el niño o niña.

Consideramos claramente que esta práctica da cuenta de premisas alejadas de la consideración de la familia como unidad emocional (Bowen y Kerr, 1988; Kerr, 2019), del lugar y función del síntoma del niño al interior del proceso familiar y de la consideración del niño como un titular de derechos (ONU, 1989).

Un modelo multigeneracional considera al niño como un sujeto de respeto y de recursos (Andolfi, 2018). Maurizio Andolfi considera que el niño no solo debe convertirse en un integrante que debe estar presente en el proceso de intervención de la familia cualquiera sea la dificultad que enfrenta, sino que debe volverse un protagonista del proceso. El niño pasa a ser quién conduce la exploración de los procesos familiares y se vuelve en coterapeuta clave en el acompañamiento de la familia en su desafío de lidiar con aquello que muestra en la actualidad y trae desde las historias con las familias de origen de cada progenitor.

2. PROGRESIÓN DE LA ACEPTACIÓN DE LAS PREMISAS MULTIGENERACIONALES EN PROCESOS TERAPÉUTICOS

Al observar la incorporación del niño en el espacio terapéutico es posible observar una interesante progresión que realizan los profesionales que se inician en la aceptación de las premisas multigeneracionales en su quehacer.

a) Parten realizándose una serie de preguntas para cerciorarse de que incorporar el niño en las conversaciones con los adultos no es dañino para él y no empeorará las cosas.

- b) Deciden participar de conversaciones con los padres manteniendo a los niños como testigos de esas conversaciones.
- c) Deciden generar un espacio de trabajo con los adultos, consultando y haciendo partícipe al niño en algunos momentos del encuentro terapéutico.

- d) Intencionan y favorecen encuentros con las familias, desarrollando una alianza terapéutica con el niño, y junto a él exploran y elaboran los procesos familiares actuales y pasados de la familia.

Cada uno de estos pasos que describiremos a continuación dan cuenta de un avance que debe ser valorado y que en sí mismo muestra un progreso hacia la intervención terapéutica o psicosocial desde una mirada multigeneracional en el trabajo con problemáticas de abuso y maltrato al interior de las familias.

a) Incorporar al niño en las conversaciones con los adultos no es dañino para él o no empeorará las cosas

Uno de los grandes temores que poseen los profesionales en el trabajo con niños y niñas que han vivido experiencias abusivas en sus propias palabras es “*retraumatizarlo*” o “*revictimizarlo*”. Ser testigos y conocer los dolorosos relatos tras las historias de niños y niñas que han sido gravemente maltratados, abandonados o abusados, activa toda nuestra sensibilidad humana y, por tanto, es absolutamente comprensible que profesionales psicólogos, psiquiatras y trabajadores sociales se muestren especialmente cautelosos en las decisiones técnicas respecto de cómo trabajar psicosocial y terapéuticamente con ellos.

Nuestra experiencia como asesores y supervisores acompañando a profesionales y equipos de intervención, nos ha demostrado que poner en conexión esos temores con sus propias experiencias en sus sistemas emocionales de origen pronto los alienta a intentar incorporar a los niños a las conversaciones. No es poco frecuente escuchar sus reportes de sorpresa y entusiasmo al observar el giro que toma el trabajo en términos de volverlo más

creativo y significativo para todos los asistentes incluyendo al propio terapeuta.

b) Participar de conversaciones con los adultos manteniendo a los niños como testigos de esas conversaciones

El paso de incorporar a los niños y niñas en las conversaciones donde se aborden temáticas que les conciernen es un gran paso en el camino de incorporar las ideas multigeneracionales al trabajo psicoterapéutico y psicosocial. Si bien en esta etapa el interventor se centra en el diálogo entre “adultos”, al menos ya superó el temor de que la presencia del niño, escuchando los asuntos de la familia desde la voz de los adultos, lo expone a algún daño: ¡más que mal ese niño está 24 horas del día los 365 días del año con esos adultos y escuchándolos sin un terapeuta presente que pueda modular esas conversaciones!

Es frecuente al supervisar directamente las sesiones o mediante videograbación, cómo los niños se mantienen atentos a la conversación mientras juegan y cada cierto tiempo interrumpen preguntando algo que no les quedó claro (por ejemplo, si la madre dice una palabra que la niña no comprende, esta se acerca a ella en medio de la conversación de la madre con el terapeuta y le pregunta ¿qué significa eso mamá?). Otra observación habitual es cómo, en el juego del niño mientras los adultos “trabajan”, éste desarrolla de manera evidente una representación de la conversación que se despliega entre “los adultos”.

Poco a poco el interventor descubre que aun los niños más pequeños están en completa conexión con el proceso de trabajo que se lleva a cabo con sus padres y que por tanto es absurdo no incorporarlos más proactivamente en la sesión terapéutica.

La participación de niños en espacios psicosociales y terapéuticos con sus progenitores o cuidadores comunica algo fundamental desde esta mirada: en niño tiene la experiencia de estar presente cuándo se habla de él – principio de participación protagónica del niño según la Observación General N° 12 (2009) del Comité de los Derechos del Niño – y tiene la experiencia de que hay alguien que está “haciéndose cargo de sus padres o cuidadores” lo que facilita que comience a ocuparse de sus propios asuntos: jugar, explorar y crecer.

c) Espacio de trabajo con los adultos, consultando y haciendo partípate al niño en ciertos momentos del encuentro terapéutico

Ya habiendo superado el temor inicial, y observando que el niño suele querer opinar y participar de la conversación junto con los adultos, el interventor parece más dispuesto a preguntar directamente algunos asuntos al niño y considerarlo como un interlocutor válido dentro de esta importante conversación entre “adultos” sobre temas “serios” de la familia.

No es infrecuente observar las reacciones de sorpresa y conmoción frente a las honestas, directas y atinadas opiniones que suelen desarrollar niños y niñas ante las preguntas del interventor. Más aún, es muy habitual observar que estas participaciones instalan con facilidad distensión, humor y un espacio lúdico en la “seria e importante” conversación llevada a cabo entre el interventor y los adultos de la familia.

La participación de niños en espacios de trabajo terapéutico con los adultos, siendo protagonista por momentos de dichos espacios, comunica algo fundamental: le permite tener la

experiencia de ser alguien competente dentro de sistema al aportar ideas y observaciones relevantes sobre el proceso familiar.

d) Encuentros con las familias, desarrollando una alianza terapéutica con el niño, y junto a él explorar y elaborar los procesos familiares actuales y pasados

Una vez atravesadas las etapas previas, habiendo el interventor superado sus temores, y teniendo la experiencia de que la participación de los niños instala aun mayor honestidad, profundidad y creatividad en el trabajo ante situaciones donde ha ocurrido violencia y abuso, el profesional suele con rapidez iniciar el proceso psicosocial y terapéutico aprovechando los recursos del niño para entrar al proceso emocional de la familia.

Es frecuente escuchar el reporte de los interventores de tener dificultades para sentirse cómodos trabajando con niños muy pequeños o con adolescentes que presentan desajustes problemáticos. Nuevamente la resonancia personal con sus propias historias tiene directa relación con estas facilitaciones o dificultades, siendo fundamental abordarlas, trabajarlas y acompañarlas.

En esta etapa el interventor convoca al sistema significativo para el niño o niña que ha experimentado situaciones de abuso y se alía rápidamente con él para explorar con su guía cuáles han sido los asuntos que el proceso ha movilizado en su familia y cómo su experiencia suele no ser tan original. Con la ayuda de la construcción del diagrama familiar, se visualiza cómo la experiencia del niño se conecta con procesos y relaciones actuales y pretéritas que tienen la posibilidad de ser visibilizadas y trabajadas.

Es fundamental considerar que el sistema significativo no solo implica las relaciones familiares, sino todos aquellos que están presentes en la vida del niño y que son parte de su red cotidiana de experiencias (profesores, amigos, parejas de los adolescentes, etc.) asumiendo que su participación en las sesiones puede ofrecer importantes recursos puestos al servicio del proceso terapéutico.

3. PRINCIPALES CONSIDERACIONES EN LA INTERVENCIÓN EN VIOLENCIA DESDE EL MODELO MULTIGENERACIONAL

a) Diagrama Familiar en el trabajo en abuso y maltrato infantil

El diagrama familiar, popularmente conocido como genograma, es una representación gráfica de la familia en al menos tres generaciones considerando su estructura y principales procesos emocionales y relaciones (McGoldrick y Gerson, 2009; Harrison, 2018). Si bien surge en manos de Murray Bowen en los años 50 del siglo XX, con el objetivo de mapear la complejidad de los procesos actuales a históricos de las familias en contextos terapéuticos, actualmente es una herramienta ampliamente utilizada en otros contextos (médicos, educativos, laborales, etc.).

Luego de años trabajando con el diagrama familiar –y a pesar de ser una herramienta ampliamente extendida en la intervención psicosocial–, sigue siendo un desafío ponerlo al servicio de la familia y su propósito de cambio. La mayor parte de las veces es utilizada solo como una “buena herramienta para recoger información básica de la familia” y las instancias que se destinan para confeccionarla se suelen transformar en conversaciones donde la familia se pone al servicio del interrogatorio del terapeuta.

La participación de niños en las intervenciones o sesiones con los adultos, siendo la puerta de entrada del sistema, les permite visualizarse como el principal colaborador del interventor en la tarea de superar la experiencia de abuso y tener la vivencia plena de ser un sujeto de respeto y no un mero objeto de protección.

Un adecuado uso del diagrama familiar implica considerarlo como una representación gráfica del desarrollo familiar no sólo con valor diagnóstico o de evaluación familiar, sino también terapéutico (Andolfi, 2018). Las dinámicas de maltrato y abuso hacia los niños poseen un complejo proceso emocional relacional tras él, que solo puede ser visualizado con claridad gracias a la construcción de un diagrama familiar bien elaborado. Ello exige algunos conocimientos técnicos que deben ser entrenados en el interventor como lo son los detalles de sus niveles constructivos estructurales, demográficos y relaciones, así como sus niveles de interpretación (Astorga, 2018).

Una vez superado este desafío técnico aparece en nuestra experiencia uno aún mayor ¿cómo poner el diagrama familiar al servicio de la familia?

La familia de Carlos (14 años) consulta por sus desajustes conductuales en la escuela. La madre reporta, además, importantes episodios de agresión de Carlos hacia ella. Los padres se separan a los pocos meses de vida de Carlos. El padre señala haberse sentido sobrepasado y haber decidido irse de la casa en ese momento. En respuesta, la madre desarrolla un

importante cuadro depresivo que se extiende por al menos los primeros 4 años de vida de Carlos. En ese intertanto, nace el segundo hijo de la pareja de 12 años actualmente. Dicho embarazo ocurre en un “esfuerzo” (según describe la pareja) por intentar recomponer su relación.

Carlos y su hermano actualmente están en un régimen de cuidados compartidos entre ambos padres. Tal como señala la madre, con su ex marido existe una relación “cordial”. Durante la primera sesión se percibe una gran tensión silenciosa entre los padres y Carlos frente a las preguntas del interventor suele contestar “no lo sé”.

El interventor toma la pizarra y la pone frente a la familia. En ella dibuja a la familia nuclear (ambos padres y ambos hijos) y luego pregunta a Carlos: *¿cuéntame qué sabes de cuánta agresión hubo en la familia de origen de tus padres? ¿Por cuál quieres partir?* Carlos señala que no sabe mucho y se le invita que indague con sus padres. Se inicia entonces un proceso conducido por el adolescente, donde la familia explora cómo la violencia ha estado presente en la vida de cada padre de manera significativa y cómo, muy a su pesar, se ha manifestado en la familia nuclear. La madre se emociona, y cada hijo tiene la experiencia de visualizar cómo es parte de un entramado familiar y de desafíos históricos de su sistema familiar como unidad emocional. Luego de explorar y graficar las relaciones que ha tenido cada padre con sus propios padres se invita a Carlos y su hermano que dibujen la relación con cada uno de los padres. Es entonces cuando Carlos señala que ha habido importantes episodios de maltrato verbal de su madre y su padre hacia él. La familia se permite, a partir de entonces, la posibilidad de hablar de lo importante y lo difícil del proceso emocio-

nal en un clima de respeto, pero también de valentía. Carlos abrió la puerta.

Como se observa en la viñeta clínica, el diagrama familiar es una herramienta que puede y debe estar al servicio de la familia en su esfuerzo por mirar con más lucidez los desafíos que viene enfrentando históricamente. Los niños y niñas, con sus recursos analógicos y creativos, rápidamente se conectan con la herramienta y la vuelven útil para la familia.

b) Sistema Terapéutico centrado en la “experiencia” del proceso

Abordar terapéuticamente el maltrato y abuso expone a los adultos de la familia a importantes sentimientos de culpa y vergüenza. Aunque no sean quienes ejercieron directamente la violencia, el haber sido partícipes del proceso relacional los hace sentirse inseguros y juzgados. Es esperable que el esfuerzo del interventor por desarrollar conversaciones significativas con ellos sea difícil. Los profesionales suelen describir a estos adultos como resistentes, rígidos o intransigentes.

En nuestra experiencia, al supervisar sistemas terapéuticos donde el síntoma a trabajar es la violencia hacia los niños, la principal fuente de rigidez que logramos observar es la del propio interventor. Debe considerarse que el hecho de que el adulto asista ya es un indicador de que desea que algo cambie, de lo contrario: ¿por qué asistiría?

Si bien es cierto que gran parte de las derivaciones a los programas de intervención en esta área es dictaminado por los Tribunales de Familia, también lo es que los adultos y la familia podrían decidir no asistir. Uno de los temores que suele movilizarlos es la idea de que “les quiten a los niños” y ello

ya es una poderosa fuente de motivación que puede ponerse al servicio del trabajo interventivo.

Las rigideces del terapeuta en sistemas familiares que viven violencia suelen estar asociadas a la identificación con el dolor del niño, el deseo de protegerlo, el temor a volver a dañarlo y, sobre todo, a sus propias resonancias emocionales históricas en relación con sus padres y otros adultos de su familia. Un interventor frente a un parent que dice que no desea asistir al programa y que insiste en que no le sirve para nada el tratamiento, si se “engancha” y se molesta iniciando una discusión, al ser supervisado desde la perspectiva que hemos descrito, rápidamente podrá encontrar en su propia historia resonancias de su propia relación con su parent y/o abuelo con el cuál era *“imposible conversar”*. En nuestra experiencia esta simple constatación por parte del interventor genera espacios de libertad y creatividad para enfrentar la próxima conversación con la familia desde otro lugar y actitud. Nuestra consulta, luego de que el profesional ha presentado el diagrama de la familia en una pizarra, es: “¿Dónde te dibujarías tú dentro de este diagrama?”. Esta pregunta (mientras le entregamos un plumón) busca evidenciar la resonancia entre el diagrama del terapeuta y el de la familia.

El foco de trabajo ante situaciones de violencia en la familia debe estar centrado en relevar el proceso multigeneracional tras las experiencias de maltrato en la familia nuclear. Algunas orientaciones tras este propósito general son:

1. Ayudar a la familia (adultos y niños) a visualizarse como parte de una historia que implica a varias generaciones donde la agresión y a la violencia han estado presentes.

2. Reconocer que el esfuerzo actual por superar las experiencias abusivas e interrumpir las relaciones maltratantes es un esfuerzo no solo individual sino relacional.
3. Aceptar que las historias previas tuvieron sus propios determinantes o contextos facilitadores y reconocer cuáles de esos factores son similares a los actuales y cuáles son distintos.
4. Identificar aquellos aspectos no resueltos o “marcas de necesidad” (Andolfi y Angelo, 1989) procediendo a abordarlos en las relaciones originales para evitar que se manifiesten en la relación con los niñas y niñas.
5. Desarrollar a lo largo de los encuentros y sesiones no solo “buenas conversaciones” donde se aborde lo que no se ha hablado ni conversado previamente por la familia, sino activar interacciones analógicas y no verbales que permita resignificar no sólo mediante la “palabra” si no que en la “experiencia”.
6. Facilitar experiencias familiares donde el juego, las metáforas y el uso del cuerpo sean parte de la intervención desarrollada al interior de un “sistema terapéutico” o “tercer planeta” (Andolfi y Ackermans, 1990).

c) Formación y supervisión de equipos de intervención en maltrato infantil

A partir de nuestro trabajo de acompañamiento a profesionales que trabajan en programas de intervención donde familias evidencian dinámicas de violencia, negligencia o maltrato infantil, nos parece relevante plantear algunas de las principales consideraciones respecto de los procesos de formación y supervisión en programas que trabajan con violencia:

1. En primer lugar, consideramos la formación técnica de los equipos, su entrenamiento y la supervisión clínica como parte de un único y entrelazado proceso. Por ende, la formación teórica y el entrenamiento en la intervención clínica del equipo son parte de un proceso continuo que incluye la supervisión de los procesos de atención.
2. Frente a la tradicional asunción de que la supervisión clínica debe centrarse en “el caso” hemos enfatizado que ésta debe focalizarse en la supervisión del sistema terapéutico (la familia y el equipo interventor). Desde esta conceptualización el “objeto” de la supervisión es el “nuevo sistema creado”, lo cual implica supervisar no al “caso” sino al sistema donde tal “caso” se ha construido.
3. La supervisión debe ser entendida como psicológica, social y también jurídica, dado que no es posible minimizar o excluir los aspectos jurídicos y legales como marco fundamental sobre el cual se aborda la violencia y que determina la derivación de niños y niñas a los programas de protección infantil.
4. Relevancia de la supervisión directa y en vivo (entrar a sesión, uso de espejo unidireccional) por sobre cualquier otra estrategia de supervisión (videación, reporte verbal, etc.) y con todo el sistema de atención involucrado en el proceso de intervención del sistema familiar (profesionales, educadores, actores comunitarios, otros colegas, etc.).
5. Formación y entrenamiento en la elaboración y uso del diagrama familiar (Bowen, 1989; McGoldrick y Gerson, 2009; Harrison, 2018), así como de líneas de tiempo para situar los antecedentes, individuales, familiares y comunitarios, dentro de los cuales se ubican las situaciones de violencia. Tal proceso involucra también el entrenamiento en el desarrollo y elaboración de hipótesis relacionales (Andolfi, 2003) como alternativa a las tradicionales hipótesis individuales y lineales.
6. Finalmente, y como hemos señalado previamente, es crucial que la formación incluya la elaboración del diagrama familiar del profesional y el trabajo con su propia persona (Andolfi y Cigoli, 2003), abordando aquellos aspectos emocionales centrales de su propia historia (especialmente si dicen relación con abuso y violencia).

CONCLUSIÓN

La intervención psicosocial y psicoterapéutica con niños, adolescentes y sus familias en contextos de violencia, negligencia y abuso sexual, requiere una aproximación teórica y práctica sustentada en una perspectiva sistémica multigeneracional. Veinticinco años de experiencia profesional en el área de protección infantil nos han permitido desarrollar un modelo multigeneracional que considerando

a los niños como sujetos de derechos –y por ende protagonistas de sus procesos de atención– asume un plano relacional, familiar e histórico para conceptualizar sus experiencias de vulneración.

A partir de la consideración de la familia como unidad emocional multigeneracional, y mediante el uso activo del diagrama familiar, es posible acercarse a abordar las diversas

situaciones de violencia que viven niños y niñas, otorgándoles un rol protagónico para abordar no sólo sus propias experiencias, sino que también para contextualizarlas en un marco trigeneracional, en donde muchas veces la violencia ya ha estado presente en la familia (Astorga, 2022). De esta manera, un sistema familiar que ha generado dolor y sufrimiento puede llegar a constituirse en un recurso de cambio y de protección (Cruzat y Astorga 2024, en Andolfi y D'Elia, 2024).

La experiencia de entrenamiento y supervisión de profesionales psicólogos y trabajadores sociales nos ha permitido relevar que en la medida que cada uno de éstos haya abordado sus propios temas irresueltos con su propia familia de origen, construyendo su diagrama familiar y desarrollando un trabajo personal,

puede constituirse en un efectivo facilitador de los procesos de la familia, aun cuando se trate de temáticas complejas. Así mismo, la construcción de sistemas terapéuticos genuinos y flexibles, así como la supervisión de éstos, resultan fundamentales para una labor clínica respetuosa y efectiva.

Finalmente, el modelo multigeneracional descrito involucra un activo proceso de trabajo con actores judiciales, comunitarios y sociales. La terapia familiar multigeneracional en los contextos descritos es siempre una terapia psicosocial. La política pública dirigida a la infancia, la adolescencia y la familia, progresivamente abrirá sus puertas a la visión multigeneracional para la comprensión e intervención ante la violencia hacia los niños y niñas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andolfi, M. (1984). *Terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Andolfi, M. (2003). *El coloquio relacional*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica .
- Andolfi, M. (2018). *La Terapia familiar Multigeneracional. Herramientas y Recursos del Terapeuta*. Madrid: CCS.
- Andolfi, M. (2022). *La traición de la terapia Familiar hacia el niño*. De Familias y Terapias, Año 31, (52).
- Andolfi, M. y Ackermans, A. (1990). *La Creación del Sistema Terapéutico*. Buenos Aires: Editorial Paidós .
- Andolfi, M. y Angelo, C. (1989). *Tiempo y Mito en la Psicoterapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Andolfi, M. y Cigoli, V. (2003). *La familia d'origine*. Milano: Franco Angeli.
- Astorga, A. (2018). Guía para la construcción y análisis del Diagrama familiar centrado en la situación del niño, niña y adolescente desde una mirada de derechos y con miras a su presentación en reunión técnica. En *Intervención en Infancia y Adolescencia desde un enfoque de Derechos Humanos* (pp. 78-113). Corporación Opción, Gráfica LOM.
- Astorga, A. (2022). Adolescentes que han abusado sexualmente de otros niños: hacia una perspectiva sistémica multigeneracional. *De Familias y Terapias*, (53), 37-49. <https://doi.org/10.29260/DFYT.2022.53B>.

- Bertalanffy, L. V. (1976). *Teoría general de los sistemas*. Mexico: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Bowen, M. (1989). *Terapia Familiar en la Práctica Clínica*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bowen, M. & Kerr, M. (1988). *Family Evaluation*. New York: W.W. Norton & Company.
- Comité de los Derechos del Niño. (2009). Observación General N° 12. *El Derecho del Niño a Ser Escuchado*. Recuperado el 20 de Diciembre de 2023, de <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2011/7532.pdf>
- Crittenden, P. (2002) Conductas Peligrosas y contextos peligrosos: una perspectiva de 35 años de investigación sobre los efectos evolutivos del abuso físico. En Miró, M. *Nuevas implicaciones clínicas de la Teoría del Apego*. Valencia: Promolibro.
- Cruzat, A. & Astorga, A. (2024). Terapia Multigenerazionale e intervento psicosociale in situazione di violenza contro bambini e adolescenti. En M. Andolfi & A. D'Elia (Eds.), *La famiglia che cura: Prospettive e pratiche sistemiche dal mondo* (pp. 233 - 244). Milano: Cortina Editore.
- Darwin, C. (1995). *El Origen de las Especies*. Madrid: Planeta Agostini.
- Elkaïm, M. (2000). *Si me amas no me ames*. Barcelona: Gedisa.
- Fivaz Despeursinge, E. & Corboz-Warnery, A. (1999). *Le Triangule Primaire*. París: Odile Jacob.
- Foerster, H. V. (2006). *Las semillas de la Cibernética*. España: Gedisa.
- Framo, J. (1996). *Familia de Origen y Psicoterapia. Un Enfoque Interaccional*. Barcelona: Paidós.
- Gojman-de-Millán, S. Herreman, C. & Sroufe, A. (2018). *La Teoría del Apego*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harrison, V. (2018). *The Family Diagram & Family Research: An Illustrated Guide to Tools for Working on Differentiation of Self in One's Family*. (C. f. Family, Ed.) Recuperado el 20 de noviembre de 2023, de Center for the Study of Natural Systems and the Family. TX www.csnsf.org.
- Kerr, M. (2019). *Bowen theory's secrets revealing the hidden life of families*. New York: Norton Professional Books.
- McCullough, P. (2006). Implicaciones Clínicas de la Teoría de Bowen. En A. Roizblatt, *Terapia Familiar y de Pareja*. Santiago: Mediterraneo.
- McGoldrick, M. y Gerson, R. (2009). *Genogramas en la Evaluación Familiar*. Gedisa.
- ONU. (1989). Convención Internacional sobre los Derechos del Niño.
- Oxford Languages. (2023). Oxford Languages. Recuperado el 20 de Noviembre de 2023, de <https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>.
- Rodríguez, M. y Martínez, M. (2015). *Teoría Familiar Sistémica de Bowen. Avances y Aplicación Terapéutica*. México: Mc Graw Hill Interamericana S.L.
- Sapolsky, R. (2018). *Compórtate: La biología que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos*. España: Capitán Swing.

- Orientaciones Técnicas Programas de Protección especializada en maltrato y abuso sexual grave, (2023) https://www.servicioproteccion.gob.cl/601/articles-1620_recurso_pdf.pdf.
- Smith, W. (2023a). Abuso infantil en el proceso emocional familiar. Rev. De Familias y Terapias. *De familias y Terapias*, (34), 118-141. <https://doi.org/10.29260/DFYT.2023.54F>.
- Smith, W. (2023b). Clase Magistral Internacional. Diplomado internacional en terapia familiar multigeneracional. Centro de Intervención Multigeneracional (CIM). Diplomado Multigeneracional. CIM.
- Smith, W. (2024). Clase Magistral Internacional. Diplomado internacional en terapia familiar multigeneracional. Centro de Intervención Multigeneracional (CIM).
- Titelman, P. (1987). *The Therapists Own Family: Toward the Differentiation of Self*. Jason Aronson, Inc.
- Titelman, P. (2008.). *Triangles: Bowen Family Systems Theory perspectives*. New York: The Haworth Press.